



Therese Bohman

La ahogada

Traducción del sueco de Carmen Montes Cano
y Eva Gamundi Alcaide



Galaxia Gutenberg

THERESE BOHMAN

La ahogada

Traducción de
Carmen Montes Cano
y Eva Gamundi Alcaide

Galaxia Gutenberg



SWEDISH ARTSCOUNCIL

Esta traducción ha recibido una ayuda del Swedish Arts Council.

Título de la edición original: *Den drunknade*

Traducción del sueco: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre de 2026

© Therese Bohman, 2010
Primera edición en Norstedts, Suecia
Publicada según acuerdo con Nordin Agency AB, Suecia
© de la traducción: Carmen Montes Cano y Eva Gamundi Alcaide, 2026
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 14712-2026
ISBN: 979-13-87605-93-3

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

La misma fuerza que impulsa al germen fuera de la tierra
hila la hebra del tejido celular del tallo y, en la yema,
crea nuevos óleos aromáticos, teje el velo de la corola
quebradiza...,
muy dentro, en lo más hondo de nuestro propio ser habita.

OLA HANSSON, *Notturmo*

El tren entra puntual en el andén. Siento todo el cuerpo flojo cuando me levanto y bajo la maleta del portaequipaje que hay por encima de la ventana. Le pasaba algo a mi asiento, a la palanca que fija el respaldo cuando lo ajustas a la inclinación deseada. Cada vez que el tren aceleraba me caía hacia atrás, y me he despertado en varias ocasiones para darme cuenta de que me encontraba prácticamente tumbada. No me gusta reclinar el respaldo demasiado, la sensación de que desaparece a mi espalda me recuerda al dentista.

Saco como puedo la maleta más grande del portaequipaje que hay junto a la salida, mientras el tren se detiene y las puertas se abren. Noto el calor como un muro, el aire está cargado, no mucho más fresco que en el tren, y hay tanta luz que se me clava en los ojos, tengo que pestañear unas cuantas veces. Estoy adormilada, aún siento que me crujen los oídos después de haber atravesado un túnel, pienso que parece que he cogido un vuelo en lugar del tren. No me gusta viajar, aunque el tren está mejor que el avión, es menos atroz. Te da tiempo a hacerte a la idea de que te estás desplazando hacia otro lugar.

Entorno los ojos y veo a Stella a unos metros del andén, ella también ha llegado puntual, por supuesto. Cuando me encuentra, toda su cara sonrío, me saluda y se acerca rápidamente. Tengo las manos pegajosas del calor y de los dulces que me he comido en el tren, pero ella no me coge la mano, claro está, sino que me rodea con los brazos y me acerca y yo le devuelvo

el abrazo. Su aroma me resulta familiar, huele como siempre. Fresco.

—¿Ha ido bien? —dice. Parece contenta.

—Sí, claro. Hemos tardado bastante, pero ya está.

Señala con un gesto el pequeño quiosco que hay en el edificio de la estación.

—El coche está a la vuelta de la esquina. ¿Te ayudo con las maletas?

—No, no hace falta.

Ya va cargando con su propio equipaje, un bolso de piel marrón que parece caro. Toda ella parece cara, pienso; lleva una falda beige y una blusa blanca como la nieve, se la ve limpia y fresca, como si la ropa se hubiera secado en el exterior al aire del mar, como si la sal del ambiente la hubiera almidonado y ni siquiera hiciera falta plancharla. En sus orejas relucen unas perlas diminutas. Me siento polvoriento, y los dulces me han dejado un sabor rancio en la boca. Pienso que me gustaría lavarme los dientes.

—Le he dicho a Gabriel que se ponga con la comida —dice mientras nos dirigimos al coche, se oye el repiqueteo de las ruedas de la maleta sobre las juntas de las baldosas que hay delante de la estación, en el aire se ven varias gaviotas volando en círculos—. ¿Tienes hambre?

En realidad lo que tengo son náuseas, pero me parece maleducado decirlo. Así que asiento, ella me sonríe, las llaves le tintinean en la mano.

Vamos por una carretera nacional atravesando campos de cereales. El sol sigue brillando implacable pese a que ha empezado a anochecer, el cielo está casi entero de un tono azulado que parece irreal, como una cúpula gigantesca encima de los paisajes abiertos. Stella se ha puesto unas gafas de sol grandes y oscuras. Las mías están en la maleta, así que tengo que seguir con los ojos entornados. Presiona un botón del equipo de música,

salta New Order: *In the end you will submit, it's got to hurt a little bit*. Stella va dando golpecitos con los dedos índices en el volante, me mira de reojo y sonrío, yo también. Nos da tiempo a escuchar varias canciones antes de llegar, Stella deja la ancha carretera nacional por una secundaria, y luego enfila un camino de grava lleno de baches. A nuestro paso se va formando una nube de polvo, las piedrecitas salen disparadas contra el chasis del coche, suenan como si fuera granizo. Seguimos teniendo campos de cereales a ambos lados, con maleza en las lindes, cardos, grises de polvo.

El camino termina en un reducido aparcamiento delante de un chalé de madera amarillo. Es una casa preciosa con un balcón acristalado por encima del amplio porche. El jardín está lleno de viejos árboles frutales, en lontananza veo bancales de flores y filas de verduras. Hay un gato negro tumbado en las escaleras, pero se despierta con el ruido del motor y se aleja caminando despacio. Stella sale del coche animosa, yo me siento adormilada todavía.

—¡Ven que te lo enseñe!

—Tengo que ir al baño un momento.

Se la ve disgustada durante un instante, hasta que parece darse cuenta de que es una demanda más que razonable. Luego abre el maletero y saca mi equipaje, que cae pesadamente sobre la grava del aparcamiento. Me sonrío.

—¿Te has traído la biblioteca entera?

Yo también sonrío.

—Creo que mejor te echo una mano.

Juntas llevamos las maletas por el aparcamiento y luego por un caminito de losetas de piedra irregulares separadas entre sí, escaleras arriba hacia la entrada y a través de una cortina de varillas de bambú que cuelga en la puerta, produce un ruido al moverse que me recuerda a un xilófono. Dentro de la casa hace calor y huele a madera, a sequedad y a cerrado de una forma que no resulta desagradable sino acogedora, como en una cabana de vacaciones. La entrada está en penumbra, pero la co-

cina es luminosa y amplia, y delante del fregadero está el tal Gabriel enjuagando guisantes verde chillón en un escurridor viejo. Es alto y moreno.

—Gabriel, te presento a Marina.

Me da un apretón firme y tiene unas manos anchas. Su sonrisa también es ancha cuando dice que qué alegría poder conocerme al fin, me observa un instante, me mira a los ojos hasta que tengo que bajar la vista. Luego empiezan a hablar de la comida, dice que no ha conseguido el tipo de lechuga que quería, que la tienda es un desastre.

Stella me mira y señala la puerta.

—Hay un baño en la entrada.

Me llevo el bolso al baño y, cuando me veo en el espejo que hay encima del lavabo, pienso que debería haberme arreglado antes de bajar del tren. Estoy pálida y me brilla la frente. Tengo el pelo aplastado y se ve seco y quebradizo, puede que a causa del aire acondicionado del tren. Hago pis, luego me retoco rápido el maquillaje, me paso las manos por el pelo e intento darle un poco de volumen.

Gabriel sigue ocupado con la ensalada cuando vuelvo a la cocina, está cortando rábanos en rodajas finas.

—Tu hermana ha ido a cambiarse —dice.

Asiento.

—¿Quieres que te ayude?

—Qué va, casi he terminado. Además, es tu cena de bienvenida... Así que hay que recibirte como es debido.

Sonríe.

—¿Quieres algo? ¿Algo de beber mientras empezamos?

De pronto me doy cuenta de que tengo sed. Debería haberme lavado también los dientes, pienso, aún noto la boca dulce y pegajosa.

—Pues sí, gracias.

—¿Una copa de vino?

—Creo que prefiero agua, me parece que me va a empezar a doler la cabeza.

Gabriel pone cara de preocupación.

—¿Te pasa mucho?

—No..., la verdad es que no.

—A Stella sí —dice—. Pensaba que podía ser algo de familia.

—No, no creo.

Abre un armario de la cocina y rebusca un poco hasta que encuentra una caja de analgésicos y me la ofrece.

—¿Quieres uno?

Asiento.

—Sí, gracias.

Me llena un vaso de agua y me pasa la caja. El agua está tan fría que casi cuesta agarrar el vaso. Presiono para sacar una pastilla a través de la lámina plateada. Emite un crujido tenue, me gusta ese sonido, me gusta desde que era niña. El frío del agua me provoca una punzada en la cabeza, un instante de malestar antes de sentir que el cerebro se me espabila. Apuro el vaso dando tragos largos, sabe distinto a la de la ciudad, limpia, un poco metálica.

—Qué agua más buena.

—Es de un manantial propio —dice Gabriel.

Saca los guisantes enjuagados del escurridor y los vierte en un cuenco grande de cerámica. Stella aparece por la puerta, se ha cambiado y lleva unos vaqueros y una camiseta blanca. Sigue pareciendo elegante, pese a que ahora está descalza.

—¿Cómo vais? —dice.

—Bien —dice Gabriel—. Voy a meter el queso en el horno y ya podemos comer.

Estamos cenando en el porche. Stella ha preparado una mesa preciosa con servilletas de lino que parecen antiguas y un buen ramo de rosas en una jarra de porcelana antigua con la superficie resquebrajada. Lupinos, margaritas, tréboles rojos. Los tréboles están un poco mustios. Están a punto de marchitarse, pero aún mantienen un rojo intenso y frío.

–*Trifolium pratense* –susurra Stella mientras endereza una flor de trébol que está caída.

–Vaya con la sabelotodo –dice Gabriel sonriendo, lo dice de una forma amable, como si en realidad estuviera orgulloso de ella.

Stella conoce todos los nombres científicos de las plantas, a veces no parece ni darse cuenta de que los está pronunciando.

Ya ha refrescado un poco. Gabriel ha preparado un entrante de queso de cabra con pan blanco y una ensalada adornada con caléndulas. Tienen un toque a pimienta, van muy bien con la miel que recubre el queso. En cuanto me trago el primer bocado, reparo en lo hambrienta que estoy. Debo hacer un esfuerzo para no devorar la comida. Gabriel me mira cuando me meto un trozo de queso en la boca, siento vergüenza enseguida, imagino que pensará que soy una glotona.

–Qué rico –digo después de tragar.

Él asiente.

–Muy bien –dice con un tono neutral, como si ya supiera que está rico y yo hubiera dado la respuesta adecuada.

Al mismo tiempo, parece que está siempre a punto de esbozar una sonrisa, lo pienso mientras escucho la conversación que mantienen Stella y él; va fluctuando entre sonar decidido y sonreír ampliamente ante algo que ella dice. Pienso que resulta complicado saber cuándo está hablando en serio de verdad y cuándo solo lo finge.

–¿Y cómo van los estudios? –dice Stella volviéndose hacia mí.

–Más o menos –murmuro.

Tenía la esperanza de librarme de la pregunta, pero también sabía que me la harían. Stella enarca una ceja.

–¿Más o menos?

Debo tragar para responder. Los guisantes están crujientes, hace mucho tiempo, muchos años, que no los como así de frescos. Los cultivábamos en la huerta del terreno de casa cuando

Stella y yo éramos pequeñas, estábamos tan ansiosas por recolectarlos que nos los comíamos cuando aún se veían como granitos dentro de las vainas. La piel se me está haciendo bola en la boca. Trago.

—Me quedan unos créditos del semestre de primavera. Todavía no he terminado de escribir el trabajo.

Stella asiente.

—Pues tendrás que terminarlo antes de que empiece el semestre de otoño, ¿no?

—Sí.

Vuelve a asentir.

Stella me enseña todo después de la cena. El sol se está poniendo, la casa está rodeada de campos de cereales y el horizonte queda muy lejos en cualquier dirección. El cielo es vasto y sigue azul, aunque ya de color casi lavanda. Florecen plantas por todas partes, en macetas y arriates, trepando por las paredes y por espalderas, extendiéndose por el suelo. De una tina de zinc enorme brota una capuchina, serpenteante y tupida, con brotes que parecen sobresalir al tuntún en todas direcciones, aferrarse desesperados a cualquier cosa a la que sujetarse.

En una esquina del jardín está la huerta, ahí crecen plantas aromáticas y verduras, cosmos que tiemblan nerviosos y las robustas flores de caléndula que adornaban la ensalada, y fresas, igual que en la huerta de nuestros padres. Stella y yo íbamos corriendo allí todas las mañanas durante las vacaciones de verano, descalzas y en camisón, para ver si habían madurado algunas fresas por la noche. Recuerdo perfectamente aquella sensación tan particular de las primeras horas de las mañanas de verano, un olor a recién lavado, el rocío fresco en el suelo que hacía que las briznas de hierba se quedaran pegadas a la planta del pie. Stella levanta unas hojas de una mata de fresa para enseñarme los frutos, son pequeños. Las plantas llevan demasiados años seguidos creciendo en el mismo lugar, me ex-

plica, para el verano que viene hay que trasladarlas. Se están acabando los nutrientes.

El jardín está repleto de flores silvestres, a lo lejos florecen tréboles y lupinos y margaritas y lirios de un tono centelleante que se llaman lirios naranja.

—Flores de granja de toda la vida —dice Stella, a pesar de que la propiedad apenas llega a ser una finca pequeña.

Me enseña matas de malvarrosa y menta y lúpulo que plantaron largo tiempo atrás, hace cien años, puede que más. La casa fue la vivienda de una granja en su día, pero desde entonces la han reformado y la han ampliado, el terreno lo han arrendado, han derribado el granero y lo que era el gallinero se ha convertido en una caseta de aperos. Junto a la caseta hay un invernadero antiguo. Detrás, la hierba está alta, el jardín termina con un muro de piedra que está a punto de desmoronarse. Crecen montones de campánulas entre las piedras, Stella dice que hay serpientes, víboras, las ha visto varias veces, al sol en una piedra, me dice que tenga cuidado.

—Los abuelos maternos de Gabriel vivían aquí —dice—. Él lo heredó hace cinco años. ¿A que es bonito?

Asiento. Rodeamos la casa, Stella señala el gran balcón acristalado.

—Ahí es donde se sienta a trabajar.

Luego volvemos a entrar en la casa, está en silencio, penumbrosa ya incluso en la cocina. Stella me enseña el cuarto donde voy a quedarme, una pequeña habitación de invitados en la planta baja, agradable de una forma impersonal. El suelo de madera está pintado de blanco y en una cómoda hay un ramo del mismo tipo de rosas que en el porche. Una bonita colcha de ganchillo cubre la cama, tal vez la haya hecho la abuela de Gabriel. En el techo, una lámpara redonda de porcelana y de color blanco lechoso desprende una luz cálida.

—Debo irme a la cama —dice Stella—. Mañana tengo que estar temprano en el trabajo, tengo que preparar una siembra. Si no estoy echándole un vistazo, sale mal.

Hace una mueca y luego sonríe.

–Me alegro de que al final hayas venido –dice con un tono más serio.

–Yo también –digo, me doy cuenta de que vacilo con la mirada, la fijo rápidamente en Stella, después la bajo al suelo, donde hay una jarapa vieja y descolorida, clavo la vista en el patrón que tiene.

–Puedo salir antes mañana –dice–. Podemos hacer algo cuando termine. ¿Te gustaría ir al centro?

–Sí, me encantaría.

–Puedo llamarte por la mañana y lo decidimos entonces –dice, yo asiento.

–Deberías cerrar la ventana si vas a dejar la luz encendida –continúa–. Si no, entran mosquitos.

Me dirijo a la ventana y suelto la aldabilla que la mantiene abierta antes de cerrarla; se atasca y rechina. Stella sonríe.

–Aquí nada funciona como tiene que funcionar –dice.

–A mí me parece muy acogedor.

A través de la ventana veo la parte delantera del terreno, los árboles frutales como altas siluetas oscuras en el jardín en semipenumbra.

–Si no quieres acostarte todavía, seguro que Gabriel sigue despierto unas cuantas horas más.

Retira los restos arrugados de un trébol rojo marchito que han caído en la cómoda, se los guarda en la mano.

–Espero que duermas bien aquí –dice, y suena amable y un tanto ausente al mismo tiempo.

–Seguro que sí –digo.

Me da un abrazo antes de salir al porche para darle las buenas noches a Gabriel. Me siento un poco en el borde de la cama y pienso que debería deshacer las maletas, pero me noto cansada, un poco soñolienta después de la comida y el vino. Así que abro una de las maletas y saco una rebeca fina, me la pongo. No hace frío, pero sí más fresco, y cuando vuelvo a salir al porche, ya está oscuro también ahí. Gabriel ha encendido una vie-

ja lámpara de queroseno que hay encima de la mesa, el aroma me recuerda a algo, a algo de cuando era niña. Él está sentado leyendo con una copa de vino a su lado, sonrío al verme.

—¿Todo bien? —dice—. ¿Qué tal la cabeza?

—Bueno, mejor. Creo que había bebido demasiado poco y ha hecho mucho calor.

—¿Quieres más vino?

—Sí, gracias, si bebes tú también.

—Ve a por una copa, seguro que Stella ya ha metido en el lavavajillas las que hemos usado.

Abro el armario equivocado de la cocina dos veces hasta que encuentro las copas de vino, hay distintas variantes, unas cuantas de cada, todas parecen antiguas. Cuando vuelvo, Gabriel está sacando un altavoz del salón a través de la puerta de la terraza, luego pone un vinilo, suena un crujido cuando la aguja aterriza en el plato. No reconozco la canción, pero sí reconozco la voz de David Bowie. Gabriel se sienta a mi lado en el sofá y me llena la copa, le doy un trago. Es el mismo vino que hemos tomado durante la cena, pero me parece que ahora sabe diferente, más áspero.

—¿Y cómo te va por Estocolmo? —dice Gabriel.

—No muy bien, la verdad.

—A mí tampoco me fue muy bien.

—¿Tú también has vivido en Estocolmo?

—Sí, claro. Mucho tiempo.

Estamos un rato hablando de Estocolmo, le cuento lo del piso subarrendado en el que vivo, el mero hecho de pensar en él me desanima, me viene a la cabeza ese tipo particular de agobio que se produce allí dentro los días que hace sol. Lo cierto es que es un buen piso, con muchos detalles que me gustan; alféizares de mármol gigantescos, un parqué precioso, vistas a los pinos, pinos que he empezado a ver como pinos de suburbio funcionalista. Me parece que tienen un aspecto particular, un tanto desgastados después de una larga vida en una zona residencial, como secos, polvorientos. Cuando sale el sol, el

piso también me parece polvoriento, como si el aire se quedara inmóvil allí dentro, como si de pronto todo tuviera una fina película de polvo que el sol desvela, casi me parece que a veces resulta difícil respirar, tengo que abrir todas las ventanas de par en par, salir y asomarme al balcón.

—Hace mucho de la última vez que os visteis Stella y tú, ¿verdad? —dice Gabriel.

—En Navidad.

Asiente.

—¿Crees que cometió un error al mudarse aquí?

—No, le salió un trabajo aquí, así que...

Sonríe un poco.

—Pero soy demasiado mayor para ella... ¿No es eso lo que dice todo el mundo?

—No... —digo bajito—. No que yo sepa.

Para mi alivio, cambia de tema. Porque sí que le he oído decir a la gente que Gabriel es demasiado mayor para Stella, se lo he oído decir a nuestros padres, he visto a familiares enarcar las cejas con cara de estar pensando eso, precisamente. Tiene al menos 45 años, creo que hay 15 años de diferencia, puede que más. Pienso en cuando Stella le habló de él a nuestros padres, era Pascua, hace dos años, estábamos comiendo en el salón, había lirios de Pascua en la mesa y un montón de comida, nos habíamos pasado el día entero en la cocina, nuestra madre, Stella y yo. Era una Pascua temprana y al otro lado de la ventana hacía un día gris y frío. El recuerdo recubre la celebración de Pascua como una película incómoda, lo pensé también la Pascua pasada, pensé que el ambiente que reinaba en la mesa era tenso pese a que Stella no estaba allí, o puede que fuera precisamente por eso. No hacía tanto que Gabriel y ella se habían conocido cuando nos habló de él, acababa de cortar con su anterior novio, Erik, de hecho, él iba a venir a la celebración, llevaba mucho tiempo acordado. Nuestros padres eran incapaces de comprender a Stella cuando decía que ya no estaba enamorada de Erik, no era una explicación que les valiera. Le dijeron que era buenísimo

con ella, le hablaron del piso, del maravilloso piso de cooperativa que se había comprado y al que Stella acababa de mudarse. Stella volvió a decir que ya no estaba enamorada de él, que llevaba tiempo sin estarlo. Nuestra madre le preguntó cómo tenía pensado resolver todos los aspectos prácticos; dónde iba a vivir, cómo iba a mantenerse, Stella le gritó, cosa que no pasaba desde que vivía en casa. Cuando nuestra madre empezó a llorar, Stella se levantó de la mesa. Aún me resulta incómodo pensar en ello.

—No os parecéis mucho —dice Gabriel—. Stella y tú.

—Ella se parece más a nuestra madre. Tanto físicamente como en la forma de ser.

—¿Y tú te pareces a vuestro padre?

—Sí, o a nuestra abuela paterna cuando era joven... Y a nuestras tías paternas.

Gabriel está a punto de decir algo, pero se contiene y me echa un poco más de vino en la copa.

—¿Y qué estás haciendo en Estocolmo? —dice—. ¿Qué estás estudiando?

—Historia del Arte.

—¿Y ahora tienes que escribir un trabajo? ¿Sobre qué?

Me encojo de hombros.

—Ni yo misma lo sé, pero había pensado algo sobre Dante Gabriel Rossetti. Puede que sobre los motivos literarios en sus cuadros. Pero no estoy segura.

Asiente, me sonrío.

—Buena elección.

Yo también sonrío.

—¿Y qué más? —dice—. ¿Trabajo?

—No.

—¿Novio?

—Sí.

Vuelve a asentir, sonrío un poco, parece que está esperando a que le cuente algo más.

—Se llama Peter... —empiezo a decir, Gabriel sonrío, yo también sonrío aunque al mismo tiempo me avergüenzo un poco,

es su mirada, cuesta descifrar cómo reacciona a la información más sencilla.

—¿No ha querido venir contigo? —dice Gabriel.

Meneo la cabeza.

—No, está en España. Con unos amigos.

—Ah, vale.

Me gusta cómo lo dice, constatándolo simplemente, como si comprendiera qué hay detrás de la información de que Peter está de vacaciones sin mí y que no necesito hablar más del tema.

El gato negro aparece en el porche, Gabriel lo llama y da una palmadita en el sofá, se sube y se tumba ahí, parece que se duerme enseguida. Se llama Nils, dice Gabriel, era de su abuela. Luego empieza a contar una historia enrevesada de alguien con quien estudió en Estocolmo, que vivía en el mismo barrio que yo, me río, los dos nos reímos. De pronto aparece Stella en la puerta, en camisón con una rebeca por encima.

—¿Podéis bajar un poco la música? —dice—. Tengo que dormir.

Lo dice con un tono que suena amable, pero detecto cierta irritación. A Stella no se le da tan bien como ella cree ocultar sus emociones, me di cuenta hace mucho tiempo. Me pregunto si Gabriel también se habrá dado cuenta.

—Sí, claro que sí —dice él—. Disculpa, cariño.

Me levanto del sofá.

—Creo que yo también voy a acostarme ya —digo.

—Vaya muermos —dice Gabriel refunfuñando, pero con una sonrisa—. Entonces voy a intentar trabajar un poco.

*

Cuando Stella llama, ya estoy despierta colgando la ropa en el armario del cuarto de invitados. Dejo que suenen varios tonos de llamada antes de darme cuenta de que Gabriel estará durmiendo o trabajando y no va a cogerlo.

—Has tardado un montón —dice Stella. Suena estresada.

—No sabía si debía cogerlo.

—¿Has dormido bien? No has pasado mucho calor, ¿verdad?

—No, no hacía calor.

—¿Sigues con ganas de venir al centro por la tarde?

—Sí, claro.

Empieza a darme instrucciones de cuándo pasan los autobuses y dónde vamos a quedar, luego dice que debe arreglar algo y termina la llamada rápido. Desayuno en el porche mientras hojeo un *Dagens Nyheter* que he encontrado en la cocina, es fino y el papel está lacio, parece que hay falta de noticias. Me pregunto si ha sido Gabriel o Stella quien ha cogido el periódico del buzón, si Gabriel se ha levantado a desayunar y se ha sentado en el escritorio del balcón acristalado para trabajar, o si sigue arriba durmiendo. La casa está en silencio, hoy hace el mismo calor. Pienso que debería ponerme un vestido en lugar de los vaqueros, pero estoy muy blanca, no quiero enseñar las piernas todavía. Stella tiene un suave bronceado que es perfecto, ha pasado mucho tiempo al aire libre en verano aunque no haya tenido vacaciones, ha estado trabajando en el exterior y los fines de semana ha salido al jardín. Ayer se la veía estupenda con aquel atuendo veraniego de color claro, siempre se la ve estupenda, incluso con la ropa de trabajo, normalmente lleva una camisa de hombre vieja y vaqueros, el pelo recogido, parece sacada de un reportaje de moda incluso cuando está cavando en la tierra.

Trabaja en la oficina de Parques y Jardines del municipio, la han contratado para decidir qué flores hay que plantar y en qué macetas de la ciudad, y qué arbustos van en qué arriates y cuándo y cómo hay que podar los árboles y en cuáles se pueden colgar las luces de Navidad en diciembre. Es la persona más joven que ha ocupado ese puesto en la historia del municipio, y además es la primera mujer, nuestros padres siempre lo dicen con orgullo cuando hablan de ella con alguien.

Me está esperando en la estación de autobuses, al lado de la estación de tren.

—Por Dios, qué calor hace, ¿no? —es lo primero que dice—. ¿Cómo aguantas con eso?

Señala mis vaqueros.

—Lo llevo bien.

—¿Quieres que vayamos a buscarte una falda?

—No.

—¿Por qué no?

Suelto un suspiro, de pronto recuerdo lo insistente que puede llegar a ser sin darse cuenta.

—Me he traído un vestido, pero es que no me lo quería poner hoy.

Asiente, parece que se rinde. Paseamos durante un rato por el centro de la ciudad, en silencio al principio, luego Stella empieza a hablarme de la siembra que ha dirigido esta mañana, señala unos tiestos de hormigón con lavanda y otras flores lila cuyo nombre desconozco, parece satisfecha cuando le digo que está muy bonito. Se detiene delante de una cafetería.

—¿Quieres que nos tomemos algo?

Me mira.

—Claro.

Stella elige una mesa a la sombra y le pide a la camarera un agua mineral y un café. Noto que tengo hambre y, cuando me doy cuenta de que Stella piensa invitarme, pido un sándwich.

—¿Has hablado con Gabriel hoy? —pregunta.

—No, no he querido subir, he pensado que quizá iba a interrumpirlo.

Asiente, se reclina en la silla y se levanta las gafas de sol por encima de la frente, veo que se le encogen las pupilas aunque estamos a la sombra. Tenemos el mismo color de ojos, un azul grisáceo difícil de definir. Aunque nosotras no nos parezcamos mucho, creo que nuestros ojos sí.

Stella se aclara la garganta.

—¿Y Peter, qué tal? —dice.

No sé si me está preguntando cómo está él o cómo me va con él, pero pienso que no importa, no lo sé en cualquier caso.

—No lo sé.

Me mira extrañada, casi molesta, diría yo, como si no se hubiera esperado una respuesta sincera.

–Está en España con unos amigos –digo.

–¿Sin ti?

Me encojo de hombros. No quiero hablar de Peter, me resulta un alivio no haber pensado apenas en él desde que he llegado aquí. Stella parece comprenderlo.

–He pensado que podemos ir a comprar antes de volver a casa –dice–. ¿Te apetece algo en concreto para la cena?

–No, no sé.

–Gabriel prepara siempre un salmón a la parrilla que le sale muy rico. Lo marina en unos ingredientes secretos.

Sonríe, yo asiento.

–Podemos hacer unas patatas en salsa de eneldo para acompañar –continúa–. El eneldo crece como una mala hierba, podríamos prepararlo todo con salsa de eneldo. Bueno, vamos.

Coge el bolso para irse, se vuelve a bajar las gafas al puente de la nariz.

–En marcha.

*

Estoy sola en la casa, Gabriel ha ido con Stella al centro para comprar y ocuparse de unos asuntos en el banco. Son casi las once y media cuando me despierto. No he dormido bien aunque he dormido mucho, en general no he dormido bien desde que he llegado. Es un sueño inquieto, me despierto varias veces a lo largo de la noche y entre medias me quedo dormida tan profundamente que cuando me despierto me siento desorientada, creo que empiezo a soñar en cuanto me tumbo en la cama y cierro los ojos. El aire del cuarto no es muy bueno, pese a que lo ventilo todas las mañanas y todas las tardes, creo que es algo que tienen las paredes o los cimientos; moho, algo que no está bien.

Sigue haciendo un tiempo increíblemente bueno. Me doy una ducha larga a pesar de que Stella me ha pedido que sea

ahorradora con el agua, se acumula el vaho en el espejo del baño, lo retiro con la palma de la mano, me fijo en mi cara. Pienso que hay algo raro, que tengo los rasgos demasiado rollizos, blandos, como si estuvieran a punto de desvanecerse. Stella y yo somos distintas en eso, todos los rasgos de su cara son más afilados, más evidentes, siempre he pensado que parece más refinada, más elegante, incluso más inteligente. Me miro la boca, pienso que tengo los labios hinchados, carnosos, de un modo que resulta vulgar, casi repugnante.

Me doy una vuelta por el jardín para secarme el pelo al sol. Las temperaturas son demasiado altas como para llevar los vaqueros, el calor ha hecho que me ponga el único vestido que traía y me miro las piernas, los pies en la hierba. Se me ve pálida. Es la primera vez en mucho tiempo que camino descalza. Los abejorros zumban por las florecillas del césped y tengo cuidado de no pisar ninguno. Una vez, hace mucho tiempo, puede que la última vez que caminé descalza por la hierba, pisé una manzana que había caído sin madurar y en la que había una avispa. Estábamos jugando al croquet en el jardín de casa de nuestros padres, era en la época en la que Stella estaba con Erik, jugábamos él, Stella y yo, Stella estaba a punto de ganar cuando pisé la avispa y tuvimos que dejarlo. Siento el pinchazo en el pie al recordarlo, oigo la voz de Stella en la cabeza, su repetido «No pasa nada, si solo es una picadura de avispa», pero el pie se me hinchó y al final empecé a llorar. Entonces Stella cedió y Erik y ella me llevaron al centro de salud. El médico dijo que probablemente fuera alérgica a las picaduras de insecto.

Entro en la casa. Sin rumbo, llego al salón y vuelvo al vestíbulo, subo las escaleras a la primera planta, atravieso el dormitorio de Stella y Gabriel y salgo al balcón acristalado donde se encuentra el escritorio de Gabriel. Es antiguo y de madera oscura, parece pesado, está abarrotado de libros y de montones de papeles y algunas tazas de porcelana de color blanco y azul con café reseco en el fondo. Sobre una pila de periódicos viejos descansa un cenicero lleno a rebosar hecho de mosaico de to-

nos turquesa con un delfín de cobre saltando de una ola espumeante, no puedo por menos de sonreír al verlo, me parece muy *kitsch*. En una maceta de terracota que hay en el suelo, crece una trompeta de ángel con flores que se abrirán pronto, los brotes hinchados parecen grandes crisálidas verdes de las que algo está a punto de surgir. En una columna entre dos ventanas hay clavadas unas postales: *La ola* de Hokusai, una *madonna* ojerosa de Munch, una de las mujeres pelirrojas de Rossetti, a Gabriel le encantan, igual que a mí. Debajo, en el alféizar de la ventana, hay unas cuantas moscas muertas. Hace calor y hay humedad, como en un invernadero, unas gotitas de agua se abren paso despacio por el interior de las ventanas.

Gabriel ha dejado el ordenador encendido. Un cubo azul va desplazándose por la pantalla y transformándose poco a poco en una esfera. Toco con cuidado el ratón para quitar el protector y un documento de Word llena la pantalla. Giro rápidamente la cabeza, un movimiento instintivo, para comprobar que nadie me observa. Luego me siento con cuidado al filo de la silla de escritorio, parece tan vieja como la mesa, una silla de oficina con ruedas y un respaldo con listones y un asiento de piel verde oscuro fijado con clavos de cobre. Solo se ven dos líneas de texto en la pantalla, parecen el final de un poema: «flota muy despacio, recostada en sus sedas / – cuando tocan a muerte en el bosque perdido». No reconozco las palabras y voy a empezar a subir en el documento cuando oigo el sonido apagado de una puerta de coche al cerrarse. Me quedo paralizada un instante, luego me levanto tan rápido que la silla casi se vuelca a mi espalda y uno de los reposabrazos me golpea con fuerza el muslo, me da tiempo a pensar que me va a salir un moretón. Tengo que volver a activar el protector de pantalla, hago clic en el escritorio, propiedades, protector de pantalla, ¿cómo se llama el del cubo que se transforma en una esfera? Comprendo que no me va a dar tiempo a volver a ponerlo, ya oigo el crujido de los pasos por el camino de gravilla y atravieso a toda prisa el dormitorio e intento calmarme antes de empezar

a bajar las escaleras. En ese momento se abre la puerta y Gabriel aparece en la entrada, cargado de bolsas, la cortina de varillas de bambú baila alegremente a su espalda. Me mira.

—Anda, hola —dice con un tono que suena un poco extraño.

—Hola.

Le sonrío.

—¿Qué haces? —pregunta.

—Estaba buscando a Nils.

—Está fuera. Lo he visto en los arriates de la entrada.

Asiento, sigue mirándome, deja las bolsas en el suelo.

—¿Qué tal en el centro? —digo.

—Bien, me ha gustado ver gente. ¿Cómo te encuentras tú? Estás pálida.

Me llevo la mano a la frente, es un movimiento de puro reflejo.

—Me duele un poco la cabeza —digo—. Creo que es del calor.